DG209
D8
1883

73576

PRÓLOGO.

Tres edades se conocen en el mundo antiguo, y tres períodos en su historia, á saber : el *período oriental*, ó sea la época de las monarquías sacerdotales, del desarrollo aislado de las naciones y la inmovilidad de las castas; el *período griego*, ó sea la libertad, el movimiento y difusion de las ideas, y el *período romano*, ó sea la unidad política, la organizacion administrativa y la igualdad de los derechos. Cada período tiene su grandeza, porque representa su papel en el conjunto del desenvolvimiento histórico de la humanidad; pero no ofrecen los tres igual interés considerados á primera vista.

Cuando se pasa de aquella Grecia que rebosa belleza, luz y vida al mundo romano tan frio, silencioso y severo, se estrecha y se ennegrece el horizonte, se apaga la imaginacion, el pensamiento se detiene. Y sucede así, porque la Grecia conservó durante largo tiempo los arranques, la pasion y entusiasmo de la juventud, en tanto que Roma, desde sus primeros años, apareció con la madurez formal y fuerte de la edad de la reflexion en la que se calculan las acciones. En las márgenes del Tíber encontramos la política en vez del arte, en vez del pensamiento la accion, en vez de individualidades brillantes una austera disciplina; y por esto suceden á la anarquía y á la debilidad social, el órden y la grandeza pública. Por espacio de mucho tiempo la gloria no

tiene nombre en Roma, y puede decir con verdad : Me llamo Legion.

De este modo, pues, si desaparecen el artista y el filósofo, en cambio el jurisconsulto, el hombre de Estado y el historiador, se quedan contemplando como crece aquello que nació al pié del monte Palatino en una cuna de niño, y que vino á ser un universo, *orbis romanus*.

Y la fortuna se alcanzó sin sacudimientos, sin golpes repentinos é imprevistos. Gracias á una mezcla feliz de prudencia y de osadía, de activa ambicion y de incansable constancia, todo se desenvuelve con la regularidad de una deduccion lógica, observándose siempre el encadenamiento necesario en las leyes naturales : parece como el crecimiento pausado y poderoso del árbol que cubrirá la tierra con su sombra.

Principales causas de la grandeza romana.

Sin conceder demasiada influencia á las cosas materiales, puede afirmarse que contribuyó mucho á la fortuna de Roma su situacion geográfica; pues así como hay posiciones desgraciadas, así tambien ciertos lugares poseen en sí una virtud y una fuerza nada misteriosas : Lóndres, Lisboa, Marsella, Génova, Venecia, Alejandría, son forzosamente ó serán ciudades ricas y florecientes. Bonaparte decia que « Constantinopla vale un imperio. » Cartago, destruida dos veces, volverá sin duda á levantarse, y no hay que ser profeta para pronosticar que en las inmediaciones del istmo de Panamá se levantará tambien alguna ciudad próspera.

La ciudad eterna se edificó entre las vastas llanuras del Lacio y de la Etruria, mas abajo de las montañas de la Sabina, á cinco leguas del mar, en las márgenes del Tíber, que es el rio mas caudaloso de la Italia peninsular, y sobre

siete colinas de fácil defensa [1]. Al norte y al sur habia ricas comarcas que convidaban al saqueo, y vivian al este intrépidos montañeses que debian formar el ejército ó hacerle invencible ejercitándole con ataques poco peligrosos sí, pero contínuos. Situada en el límite de tres civilizaciones y tres lenguas, entre los rasenas de Etruria, los ausonios del Lacio y los sabelios de la Sabina y del pais de los ecuos, Roma vino á ser el gran refugio de las poblaciones italianas, tanto por la posicion que ocupaba, como por la voluntad de su fundador. Fué la ciudad de la guerra, porque no tenia en su derredor sino extranjeros y enemigos, y la ciudad *rica en hombres*, de severas costumbres, de vida laboriosa y frugal, porque su árido territorio exigia un trabajo constante, que alejó de ella la molicie durante seis siglos. Bastante cerca del mar para poder conocerle y no temerle, y bastante lejos tambien para hallarse al abrigo de los piratas griegos, volscos ó etruscos, no era Esparta ni Atenas, no era ni marítima ni continental de un modo exclusivo. A proximidad de los montes, los llanos y la costa, no debian los romanos asemejarse á los pastores, ni á los labradores, ni á los marinos ; pero sí debian reunir esos tres caracteres de las poblaciones italianas, con sus naturales consecuencias.

« Situada Roma en otro punto de Italia, dice Ciceron, su predominio seria casi imposible. »

A las ventajas de su posicion hay que añadir las de su orígen. Plutarco refiere esta leyenda tan bella como expresiva : « Rómulo llamó de Etruria á unos hombres que le enseñaron las ceremonias y fórmulas sagradas. Abrieron una

1. Véase Tito Libio, V. 45, cuando enumera Camilo las ventajas de la posicion de Roma.

zanja en torno del Comitium, cada ciudadano de la nueva ciudad arrojó á la zanja un puñado de tierra de su pais natal, luego mezclaron todas aquellas tierras y dieron á la zanja, como al universo, el nombre de mundo. » Fiel imágen de aquella mezcla de todos los hombres y todas las cosas de Italia que se efectuó dentro de Roma: etrusca en las vestiduras, las fiestas, el arte augural y el carácter sagrado de la propiedad, latina por la lengua y sabina por las costumbres y el espíritu belicoso, no era, pues, extraña á ninguna de las razas que tenia en su derredor, y á cada una de las cuales presentaba como una mano y un semblante amigos que las llamaba y las atraia. Así sucede que recibe de Etruria sus reyes principales Servio y los dos Tarquinos; de Sabina su mas alta nobleza, los Apios y los Fabios, y del Lacio sus célebres ciudadanos Ciceron, Mario y Caton y sus dos primeros emperadores.

Italia fué el comun asilo de los fugitivos del antiguo mundo, pelasgos é ilirios, griegos é iberos, celtas y retios; y Roma á su vez, como ya hemos dicho, se convirtió en refugio de todas las razas y de todas las civilizaciones italianas. Así creció tan de prisa. Su sexto rey debió ya ensanchar su recinto, cuyas proporciones bastaron en los dias de su mas brillante fortuna, y si el levantamiento de los súbditos despues del destierro de Tarquino la redujeron á vivir dentro de sus murallas, no por eso dejó de ser, en medio de las mil poblaciones desunidas que la envolvian, la mayor de todas las ciudades de Occidente, un pueblo de 110,000 soldados gobernados por sus cónsules cuando una sola voluntad reclamaba la dictadura, y que solo habria podido disolver una coalicion imposible.

Gracias á la concentracion de sus fuerzas pudieron los

romanos entregarse impunemente á sus contiendas intestinas; pues si es verdad que gastaban en el foro la energía que con mas provecho para su dominacion habrian podido emplear en los campos de batalla, no lo es menos que eran demasiado fuertes contra todo enemigo que les atacara, en razon á que una guerra formal trae siempre la union y con esta una potencia invencible.

Las disensiones intestinas duraron mas de siglo y medio, y en este punto debemos hacer justicia á la aristocracia romana que tan bien comprendió aquellas necesidades políticas y que jamás cerró su libro de oro en aquellos primeros siglos. Cierto es que detuvo al pueblo cuantas veces vió que queria dar un paso adelante; pero fué como para obligarle á que se hiciera mas digno de la victoria. Todas aquellas veces cedieron los patricios al cabo de una resistencia bien calculada para oponer al torrente popular un dique que amortiguara su fuerza sin excitarla; y como un valeroso ejército que nunca se deja desbaratar, retrocedian para hacerse fuertes en otro punto. Así se eternizó aquella guerra interior que robusteció la juventud del pueblo romano y preparó sus gloriosos triunfos, pues las luchas políticas constituyen la vida y la fuerza de los Estados libres.

Con efecto, entonces los plebeyos se acostumbraron á la disciplina y la constancia y adquirieron el conocimiento de los negocios y el sentimiento de los intereses generales; de cuya manera pudieron encontrar en la libertad conquistada el respeto de sí mismos, principio de todas las virtudes, y en la igualdad civil y política el amor á la pátria, fuente de la que dimanan las grandes acciones.

De aquella larga gestacion de la libertad romana salió la constitucion que admiraron Polibio, Maquiavelo y Montes-

quieu. El consulado dió entonces unidad al mando, el senado experiencia al consejo y el pueblo fuerza á la accion; y como estos tres poderes se contenian mútuamente en justos límites, resultó que todas las fuerzas del Estado que durante largo tiempo se volvieron unas contra otras, hallaron por fin un equilibrio que, con irresistible impulso, las inclinó á contribuir hácia un objeto comun, la grandeza de la república.

Pero ¡qué hombres eran tambien los romanos de aquellas épocas remotas! Cincinato dejaba el arado por la púrpura dictatorial, y habia cónsules como Fabricio y Emilio Papo, que se preparaban su tosca comida en vasijas de madera. Curio Dentato rehusa el oro de los samnitas, Fabricio el de Pirro y Cineas se figura estar en medio de una asamblea de reyes cuando le introducen en el senado. « Poco ó casi nada de dinero habia entonces, dice Valerio Máximo, y la propiedad consistia en siete yugadas de tierra inferior; la indigencia reinaba en las familias, el Estado tenia que pagar los funerales y las doncellas se casaban sin dote; pero en cambio habia ilustres consulados, prodigiosas dictaduras y triunfos innumerables. »

Aquellos romanos merecian el imperio por sus altas virtudes, sus austeras costumbres y su buen gobierno; y efectivamente le obtuvieron, merced á la concentracion de sus fuerzas, á la energía de su patriotismo, á su valor y su disciplina, y supieron conservarle por su union y genio práctico.

En su historia vamos á ver que á cada progreso que hace el pueblo hácia la conquista de sus derechos, corresponde exteriormente un golpe muy terrible contra el enemigo. En cuanto reina la paz en el foro, se alejan los peligros, Veyes

cae, se verifica la toma de Anxur, se recobran las antiguas fronteras de Tarquino, y en menos de 80 años la Italia dominada y vencida reconoce « la magestad del pueblo romano. »

En estos resultados tienen tambien su parte las legiones. No hay hombre de guerra què no admire la asombrosa organizacion de aquel gran instrumento de las conquistas romanas; pero quizás fué superior á todo la política del senado.

Hubo en la antigüedad otras naciones que conquistaron provincias é imperios, y sin embargo, ninguna de ellas supo conservar sus posesiones porque ninguna quiso olvidar los derechos que da la victoria : Esparta, Atenas y Cartago, que nunca renunciaron á su orgullo municipal, no fueron tampoco mas que ciudades y perecieron; pero Roma que lo olvidó frecuentemente para no desmentir los recuerdos de su orígen, se convirtió en un gran pueblo y vivió doce siglos.

Es digno de observarse cómo se va mezclando con los vencidos, lentamente para no ser absorbida, y procurando hacer prevalecer siempre en la mezcla las costumbres, las ideas y el carácter romanos. Así como la aristocracia de la ciudad abre sus filas á los hombres de talento que descuellan en las masas, así el senado, concediendo el derecho de ciudadanía, introduce en la fortuna de Roma á todos cuantos hombres ricos, nobles y poderosos encuentra en las ciudades latinas. Antes de convertir un pais en provincia, sabe buscarse apoyos y formar de antemano una poblacion que será romana por sus intereses ó por su orígen. Envia una colonia al corazon de veinte pueblos independientes, como un vigilante aislado que está siempre alerta; contrae alianza

con esta ciudad, concede á aquella el honor de vivir bajo la ley quiritaria, ó el derecho de sufragio, ó la deja que se gobierne con sus leyes.

Municipios de diversos grados, colonias marítimas, latinas y romanas, prefecturas, ciudades aliadas y libres, todas aquellas poblaciones aisladas por la diferencia de su condicion y reunidas por el lazo de su comun dependencia, formaban como una inmensa red que fué enlazando á los pueblos italianos hasta el dia en que, sin nueva lucha, se despertaron súbditos de Roma.

Y en el centro de aquellas poblaciones sojuzgadas, desunidas y vigiladas, en el punto estratégico de todas las vias militares, detrás de una doble y triple muralla de fortalezas y de ciudades amigas, se elevaba el pueblo romano, fuerte por su posicion, su union, sus costumbres, su ardiente patriotismo, su espíritu guerrero, y la sabiduría de una política secular.

Al contemplar semejante espectáculo, en presencia de tales resultados de la prudencia y de la actividad del hombre, diremos con Bossuet : « El pueblo romano ha sido entre todos los del mundo el mas fiero y osado, y tambien el mas cuerdo en sus consejos, el mas constante en sus máximas, el mas entendido y laborioso, y por último, el mas paciente. Con todo esto se formó la mejor milicia y la política mas previsora, firme y constante que ha podido haber nunca. »

Hubo un dia, sin embargo, en que parecieron inútiles aquellas instituciones y aquella cordura. Invadió á Italia un ejército de mercenarios, y los vencedores de Pirro y los samnitas sufrieron terribles derrotas ; pero aquella lucha de un grande hombre con un gran pueblo no podia tener funestas consecuencias ; y los romanos en frente de Aníbal dieron á las naciones que querian ser libres un ejemplo imperecedero de constancia y de patriotismo.

Vencida Cartago y fugitivo el héroe de Cannas, el senado tuvo que combatir la debilidad y la anarquía que reinaban en todas partes : el Occidente ofrecia el cuadro de mil pueblos desunidos y en el Oriente habia un mundo que se moria de ese mal incurable que se llama la depravacion de la vida pública y privada. Así fué que el pueblo romano, no obstante sus guerras intestinas, no obstante la decadencia de sus costumbres y de las sólidas instituciones fundadas en ellas, lo avasalló todo, y del Éufrates á la Mancha, de los Alpes al Atlas no hubo mas que un soberano.

Empero el mundo sojuzgado se vengó de Roma dándola sus vicios, y aquella clase media que habia fundado la libertad y el imperio, diezmada por los combates y pervertida á la vez por excesos de pobreza y de riqueza, acabó por desaparecer dejando en pos de sí un abismo en donde quedó sepultada la república.

Y entonces sucedió que los que mandaban á todos se sometieron, primero al senado, luego á un partido y luego á un hombre, heredero de toda la república y de sus ejércitos.

Un dia aquellos ejércitos fueron partícipes de su obediencia y aquella dominacion se volvió contra sí misma. Y sin embargo, no se oyó en el seno de las naciones vencidas un solo grito de independencia, sino que todas ellas vinieron á mezclarse en aquellas sangrientas rivalidades, como los senadores que bajaban á la arena para disputar á los gladiadores de César una mirada de su soberano.

Vencedores y vencidos sin fuerzas ya, se apiñaron, pues,

en torno del nuevo trono, pues desgraciadamente hay horas de cansancio, de involuntario hastío aun en las cosas mas nobles y mas dignas. El mundo no queria ya mas libertad, deseaba la paz, la seguridad y el órden, como dos siglos despues, satisfecho de bienes materiales, buscaba entre las maceraciones y los suplicios las alegrías del alma, la pureza moral, el santo entusiasmo de una nueva fé. Así lo dice Tácito al principio de su admirable historia : « Cansada la tierra de discordias civiles aceptó á Augusto por amo, y las provincias saludaron con sus aclamaciones la caida de un gobierno débil que no sabia reprimir la avidez de su magistratura ni la insolencia de su nobleza. »

Sin embargo, desde el cántabro huraño y libre en sus montes, hasta el griego afeminado y servil de Antioquía ó de Efeso, observábanse en aquellas poblaciones todos los grados que median entre la mas tosca barbarie y la civilizacion mas refinada; todas las diversidades de lengua, costumbres y carácter propias de tantas razas, sin que todavía las uniera otro lazo que el de una comun dependencia.

Era urgente entenderse y unirse, y que todos aquellos pueblos formasen una masa compacta y casi homogénea, que resistiera bastante tiempo á la presion de las tribus del Norte para que pudieran en ella echar raices la antigua civilizacion y la religion cristiana depositadas en su seno. Detrás del Rhin y del Danubio comenzaba á oirse ya el ruido de las hordas amenazadoras á las que los cimbrios y los suevos enseñaron el camino de los paises del vino, de la alegría y del oro, hordas que el imperio detenia con una mano en tanto que con la otra trataba de organizar las naciones que ponia al amparo de la guerra, cubriendo sus territorios de caminos, acueductos y florecientes ciudades,

introduciendo en todas partes su lengua, sus leyes y su culto, de cuya manera cuando el dique se rompió ante la invasion, era felizmente bastante tarde para que pudiera arrastrarlo todo en su corriente. Diez siglos, sin embargo, tardó en salir de sus ruinas la antigua civilizacion, que es la nuestra, despues de haber reinado sobre cien millones de hombres, despues de haberse arraigado durante 400 años por sus creencias y sus monumentos en el corazon de las poblaciones y en el suelo en que estas vivian : ¿qué habria sido, pues, si la invasion no hubiese encontrado mas que la barbarie fuera de Atenas, Roma y Alejandría? Apagados estos tres focos, las tinieblas se habrian extendido por todo el mundo.

En eso consiste la legitimidad del imperio. Bossuet veia el cumplimiento de un decreto de la Providencia en aquella magestuosa unidad que sucedia á la infinita division del mundo pagano, así como veia tambien en la unidad política la preparacion de la unidad religiosa, y en el triunfo de la ciudad material el próximo advenimiento de la ciudad divina.

Es verdad que el imperio ha tenido monstruos; mas por fortuna era sobrado vasto, para que las locuras y crueldades de un solo hombre, por grandes que fueran, pudiesen conmoverle mucho. Hay dos historias de los emperadores, sin contar á los dementes como Calígula, Neron y Heliogábalo, sino á los políticos como Tiberio y Domiciano : á semejanza de su dios Jano, tienen doble semblante. Son execrables tiranos cuando se les considera en Roma en medio de la nobleza conspirando siempre contra ellos, al decir de Suetonio; pero viendo solo el imperio, pueden pasar por príncipes firmes y vigilantes. Bajo ese doble aspecto deben estudiarse,

sin poner en evidencia el uno y ocultar el otro. Pintemos, pues, aquí al príncipe del senado con sus delatores y sus verdugos, con las manos teñidas de sangre, y que á la par se presente tambien el emperador con las tradiciones de paz pública y de órden inauguradas por Augusto, continuadas por Tiberio, Claudio y Vespasiano, el hombre incansable que quiso morir trabajando, por sus dos hijos, por los Antoninos y Septimio Severo, que cargado de años y de gloria, daba á sus soldados esta última órden : « Trabajemos. »

Dos siglos de felicidad les debe el mundo, y entonces pudo contemplarse el singular espectáculo de un imperio de cien millones de hombres armado en sus fronteras y sin ningun soldado en el interior, particularidad hija sin duda de que era imposible el triunfo de ninguna rebelion, así como lo era tambien de la gratitud de los súbditos para con su gobierno que, generalmente hablando, limitaba su accion á un protectorado alto y provechoso, sin intervenir con molestias en la administracion de los intereses locales.

« Un cónsul, dice el rey Agripa, manda sin un soldado en las 500 ciudades de Asia, y 3,000 legionarios bastan para custodiar paises tan rebeldes á toda autoridad, como el Ponto, con las inhospitalarias olas del Euxino; y la Bitinia, la Capadocia, la Panfilia y la Cilicia, pagan sus tributos sin necesidad de tropas. En Tracia, 2,000 hombres y una legion en Dalmacia, España y Africa. En la Galia 1,200 soldados, tantos como ciudades. ¡Con esas fuerzas se impone obediencia á tan dilatadas y poderosas regiones!... ¡Ah! Solo Dios pudo elevar al pueblo romano á tan alto grado de gloria y poderío, y una rebelion contra ese pueblo lo seria contra el mismo Dios. » Tambien Tácito se amedrenta por

la humanidad, con la idea de un levantamiento que pudiera obtener un feliz resultado. « Si desapareciesen los romanos del mundo (¡quieran los dioses impedir tal desgracia!), ¿qué otra cosa vendria sino la guerra universal entre las naciones? Mas de 800 años de fortuna y de una disciplina persistente se han necesitado para elevar ese coloso que aplastaria sobre sus ruinas á todo aquel que intentara quebrantar su base. »

Principales causas de la caida del imperio.

Y sin embargo, el coloso cayó y mucho tiempo antes de haber concluido la carrera que, al parecer, le estaba prometida. Cuatro siglos no constituyen la vida de un pueblo, el imperio podia durar mucho mas. ¿Qué Estado alcanzó mejor preparacion para una larga existencia? Tenia fronteras fáciles de defender contra enemigos poco peligrosos en el ataque, y detrás de su muralla de caudalosos rios, desiertos y montes, tenia poblaciones que, satisfechas con su obediencia, porque vivian en la riqueza y el reposo, designaban aquel poder á que se sometian con el bello nombre de la Paz romana.

Otras razones se dan para explicar tan rápida caida.

Unos acusan al pueblo, porque solo ven la plebe de Roma, y otros á los soldados que no hicieron mas que aprovechar la posicion que les dieron, y que expiaron con mucho valor y muchos servicios el triste papel que tomaron sin que se lo impidieran. ¿No rechazaron una vez la invasion en los tiempos de Claudio, Aureliano y Probo? ¿Tienen ellos la culpa de que destruyeran sus jefes las instituciones militares de la república y del imperio, de que Graciano les desarmara y les envileciera Constantino, y el campamento se convir-